

Dr. Germán Somolinos D'Ardoís

25 AÑOS;
DE
MEDICINA
ESPAÑOLA
EN
MEXICO

Ateneo Español de México
1966

25 años de Medicina Española
en México

PPRESENTACION *

El Ateneo Español de México, cuyas actividades sociales procuran estar en armonía con las de sus asociados, acordó publicar el magnífico discurso pronunciado por el Dr. Germán Somolinos ante la Academia Nacional de Medicina de México.

La personalidad del Dr. Somolinos resulta de la conjunción de méritos y virtudes tan abundantes que solo cabe escoger, de entre ellos, unos pocos para referirlos aquí. Nuestro amigo pertenece a ese limpio linaje de españoles, prestos a defender las causas justas, los valores humanos, los ideales nobles. Esta natural disposición lo incorporó, siendo estudiante, a la actividad de la F.U.E. y a los elementos más valiosos de la intelectualidad española, en la lucha que el pueblo español sostuvo para defender el orden institucional y las libertades que garantizaba la República. Escolar destacado, patriota sin tacha, hombre seguro, el Dr. Somolinos ha hecho compatible su especialización profesional con otras sabias actividades en el campo de la Historia de la Medicina. Sus trabajos iniciales de carácter general ahondaron luego sobre otros problemas que interesaban en la Patria nueva. Así, sus estudios y publicaciones referentes a la vida y a las obras de Francisco Hernández, reunidas en el primer volumen de las Obras completas del protomédico de Felipe II (U.N.A.M. 1961) constituyen un modelo de erudición y crítica históricas. Este trabajo, por sí solo, bastaría para asegurar a nuestro amigo un lugar eminente entre los historiadores de la Medicina, ya que ilustra el conocimiento de Hernández bajo nuevos aspectos y contribuye al enriquecimiento del acervo cultural novo-hispano. Su Historia de la Medicina nos depara otra muestra de su acreditada competencia como historiador, que ha podido sintetizar en brevísimo espacio, las líneas generales en las que se produce el desarrollo de la ciencia médica. Otros aspectos de la cultura prehispánica de México han sido tratados con notable acierto por este español transterrado, con iguales maneras y deli-

* Nota de E. García Camarero: Esta *Presentación* fue escrita por José Puche Alvarez (v. Ciencia, vol. XVIII, n° 3, 30 de septiembre de 1973, p. 127)

cadeza que es grato apreciar en otros hispano-americanos de buen recuerdo.

La presencia de varios colegas mexicanos que acompañan en esta ocasión memorable a nuestro amigo y que refrendan una vez más, con ánimo abierto, vínculos fraternos de pensamiento y acción, explica nuestro interés en publicar junto al trabajo de Germán Somolinos las intervenciones de los Dres. Ignacio Chávez, Salazar Mallén y Fernández del Castillo, que tanto nos honran con su estimación.

Debemos recordar aquí con sincera admiración, a otro mexicano excepcional, Lázaro Cárdenas, símbolo perenne de la grandeza de México, y también a sus continuadores en la ejemplar empresa de crear esta Patria benigna que nos acoge a todos, prohija a los republicanos españoles y los alienta a perseverar en sus prístinos ideales de justicia, de paz y de progreso.

Los médicos españoles que arribaron, hace más de un cuarto de siglo, a México, venían de compartir las calamidades de una guerra indigna que fue calificada, por gentes no enteradas, de guerra fratricida, y siendo ésta su apariencia, en realidad fue mucho más complicada desde sus comienzos. Aquellas infaustas hecatombes fueron promovidas por la misma desatada que todavía aflige a muchos pueblos, en distintos lugares del orbe, por estos días que aún muy alejados de la guerra española, siguen siendo amenazadores del porvenir humano.

Como es sabido, y necesitamos repetirlo mientras nos quede aliento, el vencimiento de la República española, prodigio de buenas intenciones y de ingenua confianza, no se produjo por el embate alevoso de las fuerzas sublevadas contra las Instituciones legítimas, sino que fué posible por la confabulación con otras mucho más poderosas, de ámbito internacional, que tomaron a España como campo experimental de la Segunda Conflagración mundial.

Los médicos españoles y los maestros de todos los grados de enseñanza, por circunstancias especiales de la estructura social del país, estuvieron siempre muy cerca de su pueblo, procurando remediar en la medida que les era posible la precaria situación de nuestros burgos olvidados. Esta situación no era nueva en España, pues Comenge ya decía refiriéndose a los médicos ibéricos de la segunda mitad del siglo XIX: “se caracterizan por su liberalismo, sentimientos patrióticos y por

su abnegación, mostrándose propensos a la comprobación de las doctrinas médicas a la cabecera de los enfermos y poco inclinados a la investigación experimental”. Pocos años más tarde cambió mucho su actitud profesional, pero siguieron mostrando aquellas mismas características que relata Comenge, porque emanaban de su noble naturaleza y de su vocación.

En efecto, el propio Cajal, antes de realizar su glorioso destino, fué médico militar, sufrió el rigor de nuestros desastres coloniales y dedicó sus esfuerzos primeros al estudio de las epidemias que entonces azotaban nuestro infortunado país. Poco después, merced a su ejemplo, se iniciaron muchos jóvenes médicos en las disciplinas experimentales. Esta nueva actitud adquirió en el primer tercio del siglo presente un vigoroso y progresivo desarrollo bajo los auspicios de Simarro, Madinaveitia, Turró, Pi-Suñer, Bellido, Novoa Santos Hernando, Márquez, Negrín, Marañón, del Río Hortega, y por el esfuerzo de sus discípulos y continuadores, Cuando estas realizaciones auguraban desarrollos más completos se produjo la guerra.

Algunos de los precursores de la renovación de los estudios médicos, también ostensible en otras actividades científicas y profesionales, habían muerto; los restantes tuvieron que acudir a las necesidades y urgencias del momento. La vida universitaria quedó súbitamente limitada a las Universidades de Madrid, Valencia y Barcelona. Más adentrada la guerra, solo en las dos últimas y al final se produjo su conocida dispersión por distintos países de América y de Europa.

Pero volvamos a recordar cuál fue el comportamiento de los médicos españoles en aquellos días aciagos.

Unos cuantos Jefes y oficiales del Ejército adictos a la República, unos por convicción sincera otros guiados por las normas que rigen la decencia persona, ayudados por jóvenes universitarios de las distintas Facultades y Escuelas especiales, se aprestaron a organizar el Ejército de la República. De las milicias surgieron, tras grandes esfuerzos, las unidades combatientes disciplinados. Los servicios recobraron de inmediato su normalidad, siendo uno de los primeros en recobrarla los de Sanidad. El Dr. Juan Cerrada, médico militar, persona cabal, republicano convencido, asumió, secundado por otros compañeros médicos, civiles y militares, la tarea de organizar la Sanidad del Ejército de la República. Trabajaron, como era de esperar, sin discrepancia alguna, en perfecta

armonía, con tal entusiasmo y abnegación que los servicios de Sanidad se adelantaron casi siempre a la formación de las unidades combatientes. Sustituyó a Cerrada el Dr. Julio Bejarano, que se había distinguido en la organización de los servicios de Sanidad en el leal Cuerpo de Carabineros, que pudo ofrecer a la República los primeros contingentes regulares de su naciente Ejército. Allí quedaron sus principales colaboradores: J. Segovia Rafael Fraile, Torre-Blanco, Fanjul, Meda, Encinas, Nieto, Capella y muchos más. Bejarano, en la Inspección General de Sanidad del Ejército de Tierra, reprodujo a escala más amplia la excelente labor realizada con anterioridad. Se organizaron nuevos hospitales móviles divisionarios y del cuerpo de Ejército, hospitales base y los servicios de las distintas especialidades. Quedaron cubiertas, en extensión y profundidad, todas las necesidades del Ejército con dotaciones y servicios que superaban con mucho a las conocidas anteriormente. Joaquín D'Harcourt., primero en los Hospitales de Madrid, junto a Don Manuel Bastos, luego en los servicios quirúrgicos de la Inspección general, desarrolló actividades meritísimas. Juan Herrera, Fernando Priego, J. Recatero, Carlos Díez, J. L. Estellés, Martínez Ibarra, los hermanos Colchero, Vega Díaz, Villa, M. Usano, se distinguieron en la organización de los servicios en las zonas de operaciones. Cortés, Rivaud, Rincón de Arellano, Hinojar, Arauz, Sarmiento, Almagro, J. Aguado, Jaime Roig, Quemades, Madinaveitia Márquez, Rivas Cherif, Acosta, Fumagallo, A. Peyri, en los servicios de hospitales y especialización. En las postrimerías de la guerra el gobierno presidido por D. Juan Negrín consideró necesario realizar grandes cambios en los mandos del Ejército y en la organización de los servicios. Fue nombrado Director General de Sanidad el Dr. Puche, que estaba al frente del Instituto Nacional de la Alimentación de Madrid, con el encargo de unificar todos los servicios que funcionaban automáticamente. La nueva organización rindió los buenos resultados previstos. Se crearon "Reservas generales de Sanidad" que permitieron concentrar material y personal en los frentes más activos. Las llamadas "antenas quirúrgicas", instaladas en hospitalillos muy cercanos a las líneas de combate, permitieron atender a los heridos de tórax y abdomen con mayor rapidez y eficacia. Durán multiplicó las unidades móviles de transfusión sanguínea, adelantando estos auxilios a los puestos de brigada. Se extendió el uso de las sulfamidas y de las curas oclusivas. Se redujo al mínimo la amputación de extremidades. Se organizaron los centros de recuperación para los mutilados, incorporándolos prontamente a trabajos diversos de

carácter activo, quedando así liberados de la precaria situación que antes era muy difícil superar. Emilio Mira y López Albo contribuyeron, con su gran experiencia, a mejorar las condiciones psicológicas de los heridos y de los combatientes, en centros y hospitales especializados. Colaboraron al mejor servicio todos los elementos directivos procedentes de la anterior organización por Armas y Cuerpos. R. Fraile, J. González Aguilar, Gómez Pallete, García Cicuendez adujeron sus valiosas experiencias en la nueva Dirección. D'Harcourt, Vázquez López, A. Folch, A. Giral, Minguillón, los dos Trías Pujol, Trueta, Lagarriga, Griñó, realizaron en sus respectivos puestos una labor insuperable. Fueron actualizadas las técnicas del racionamiento en campaña y para el abastecimiento de la población civil bajo los auspicios de F. Grande, J. Bofill, Ridaura, Benaiges y Oriol. Se centralizó la adquisición y distribución de medicamentos. El trabajo de esta legión de hombres intrépidos, de probada abnegación y competencia, tuvo que realizarse muchas veces bajo el fuego enemigo, que no solía respetar las señales y distintivos que marcaban los hospitales, los trenes de heridos y las ambulancias. La intensidad de los sufrimientos acrecentó a niveles sublimes el ánimo de los médicos españoles. El mismo ánimo que trajeron aquí y que ha suscitado comentarios de agradecimiento y admiración.

De acuerdo con esta magnífica actuación, poco antes de terminar la lucha, se llevó a Consejo de Ministros un Decreto que infortunadamente no tuvo vigencia oficial, pero cuyos preceptos venían actuando. Trataba de jerarquizar los servicios de Sanidad del Ejército de acuerdo con la llamada "Escala funcional unificada", que pretendía mejorar la técnica de los Servicios y también el aspecto moral de la prestación de los mismos. El personal se agrupaba en tres categorías denominadas: I.—Servicios especiales. II.—Servicios generales. III.—Cargos directivos. En el primer grupo quedaban adscritos los que ostentaban la dirección de hospitales, clínicas quirúrgicas o médicas, clínicas especializadas, laboratorios y otros servicios de exploración o tratamiento, que exigen una competencia especial. El segundo grupo hallábase constituido por el personal médico incorporado a las unidades combatientes y por los médicos ayudantes de los servicios especiales. Los cargos del grupo III habrían de ser desempeñados por Inspectores y Subinspectores médicos procedentes de los servicios encuadrados en los dos primeros grupos. Esta escala, inspirada en la genuina naturaleza del servicio, sustituía con ventaja a las

jerarquías y denominaciones militares que no ofrecen significación adecuada para el desarrollo de las funciones técnicas y humanitarias que el médico debe observar, cualesquiera que sean las circunstancias en las que se vean obligados a realizar su cometido.

El buen nombre que los médicos españoles han ratificado en México y que ha sido historiado de modo tan sugestivo por Germán Somolinos, hállese íntimamente vinculado a su actuación anterior. El espíritu civil el amor a la libertad, la observancia de las virtudes hipocráticas, lucieron con fulgor inusitado en los médicos españoles. Nos atrevemos a decir que en todos ellos, sin distinción de campos, pues no es aventurado suponer que los médicos españoles situados en el campo adverso se mantuvieron adictos a los mismos principios honorables. Quizá, más de una vez, forzados a burlar la coacción del régimen pretoriano y clerical que domina sin freno nuestra Patria de origen y ha logrado la desolada realidad presente.

Uno de los últimos servicios de evacuación realizado por la Sanidad del Ejército de la República, consistió en el traslado de un grupo de profesores y del más glorioso de los poetas españoles Don Antonio Machado. Enfermo, mortalmente angustiado, deseaba verse a salvo de las vejaciones inhumanas de las tropas falangistas que avanzaban sobre la capital de Cataluña. El Dr. A. Folch fue designado para trasladar desde Barcelona a Cerbère a Don Antonio, acompañado por su anciana madre y por todos sus familiares inmediatos. Iban con él, varios profesores universitarios, algunos niños y mujeres de familias truncadas por la guerra. Unas horas después de cumplido el servicio, los Machado fueron instalados en un hotel de Collioure, donde el gran poeta había de morir pocos días más tarde, rodeado de limpios afectos y recatando, como él acostumbraba, su patética desesperación.

VEINTICINCO AÑOS DE MEDICINA ESPAÑOLA EN MEXICO*

Dr. Germán Somolinos D'Ardois

Durante la segunda mitad del año 1939 y principios del 40, se produjo en la medicina mexicana un hecho insólito, del que no conozco antecedente similar en ningún otro país, ni pienso pueda volver a repetirse.

Sin aviso previo y casi sin consultar a los organismos directivos de la medicina, por una serie de contingencias políticas, que no es momento de analizar pero que todo el mundo conoce, obtuvimos carta de residencia y permiso de ejercicio en la República unos quinientos médicos españoles llegados en grupo como exiliados políticos con el amparo del gobierno de México.

Las estadísticas consideraban en unos 5,000 el número total de médicos que en aquella época estaban registrados en el Departamento de Salubridad. De tal manera que el volumen de los recién llegados representaba aproximadamente el diez por ciento del cuerpo médico mexicano. **

La acogida es evidente que fue inolvidablemente amistosa

* Trabajo de Sección (Historia de la Medicina) leído por su autor en la sesión del 26 de mayo de 1965. De la Academia Nacional de Medicina.

Publicado por primera vez en el diario "El Día" del jueves 3 de junio de 1966 y en la *Gaceta Médica de México*, Tomo XCV, n. 7, pp. 647-660, julio. 1965.

** Los nombres que aquí cito no se ponen más que con el propósito de fijar épocas y tipos de personas. Es seguro que podrían ampliarse y que faltan otras muchas figuras con méritos similares a los citados. Es más incluso creo que también sobran algunos nombres, pero quiero recalcar que su presencia en el escrito es puramente simbólica destinada exclusivamente a corporizar alusiones, que de otra manera, quedarían abstractas.

y cordial. Hubo, como es legítimo, protestas de algunos sectores médicos y a manera de recuerdo pintoresco señalaré la serie de artículos, firmados por el Dr. Oneto Barenque, donde se nos ponía como hoja de perejil, los cuales estaban dictados por su posición de secretario del sindicato médico más que por animadversión personal.

En otros medios: hospitales, clínicas, consultorios, la acogida fue francamente fraternal y superó en afecto y amistad todo lo más que podíamos esperar. Desde el mismo día de nuestra llegada se nos autorizó para ejercer la profesión. Esto es lo más inusitado de aquella situación; y antes de que el papeleo burocrático nos registrara, revalidara títulos y en general nos conocieran, ya eran muchos los médicos españoles que veían enfermos, establecían consultorios o se acomodaban en servicios del país, unas veces oficiales y otras no.

Expuesto el hecho, consideraremos cuáles fueron las condiciones y los hombres que formaron aquellos grupos que lo produjeron. No entraremos en definiciones políticas, que no nos pertenecen, ni en discusiones de tipo doctrinario para explicar las razones de nuestra venida. En el fondo es muy fácil comprenderlo y más para un país como México, cuya independencia, desde Hidalgo hasta Juárez, se hizo siempre bajo la bandera del “liberalismo”.

Los médicos mexicanos, lo entenderán todavía mejor. No les llamaré la atención que los médicos españoles fuéramos liberales; pues precisamente, fue el pensamiento liberal el que renovó la medicina en México. A él le deben aquel *Establecimiento de Ciencias Médicas*, que todos veneran y es raíz y base del movimiento renovador médico mexicano.

Pero en España la cosa es distinta. Hace ya siglo y medio que Larra, el famoso escritor romántico y liberal —recogiendo experiencias anteriores—, aseguraba que: “en España el ser liberal, es ser emigrado en potencia”, y una vez más se confirmó la regla y se cumplió el destino. Por eso estamos aquí. (1).

El conjunto del grupo español era de lo más abigarrado.

(1) La guerra civil española y sus repercusiones posteriores ha sido motivo en la actualidad de una extensa bibliografía que cubre los más diferentes aspectos del problema. Al lector interesado le aconsejamos como información inicial el libro de Carlos M. Rama, *La crisis española del siglo XX* (Fondo de Cultura Económica, México 1960); la más

Aunque en el fondo todos éramos médicos, la selección no se había hecho profesionalmente, sino por ideología política y situación geográfica en el momento de la salida. Naturalmente ésta era independiente de la edad, de la capacidad y de los conocimientos profesionales de cada uno. Dentro del grupo hubo grandes figuras con prestigio internacional; médicos granados con labor sólida y madura, médicos anodinos y principiantes. Muchos vinieron a terminar aquí su vida de trabajo, otros a iniciarla.

Pí-Suñer, Otero, Lafora, D. Manuel Márquez, son ejemplos inolvidables de maestros que dirigieron nuestras vidas juveniles y llegaron ya reconocidos como primeras figuras de la medicina mundial. Varios de ellos fueron miembros de esta Academia. D'Harcourt, Bejarano, Puche, Cristian Cortés, Rivas Cherif, Torre Blanco, y otras varias decenas más representaban al médico español, todavía joven, pero ya con sólida preparación teórica y práctica, la mayoría de los cuales además, habían ya sobresalido en la cátedra y en la enseñanza. Algunos eran investigadores de primera fila, jóvenes y con grandes promesas, sólo recordaré a dos que están entre nosotros y cuya labor es de todos conocida: Isaac Costero y Rafael Méndez.

Después vendría el extenso grupo de los médicos serios, preparados, dedicados a su profesión, capaces en su práctica y dedicados a ejercer modesta y eficazmente sin pretensiones docentes ni aspiraciones relumbrantes. El número fue elevadísimo. Todavía quedan muchos que siguen su intachable labor en la capital y en provincias. No podría citar nombres, son demasiados. Finalmente llegamos los más jóvenes, aquellos que apenas habíamos acabado la carrera cuando nos tocó incorporarnos al ejército. Teníamos ilusiones, deseos de hacer cosas, pero nos faltaba la experiencia y nos sobraba juventud.

Mas no se crea que todo era tan bello y ordenado como acabo de exponerlo. No faltaron entre los recién llegados quienes padecieran el complejo de superioridad que, tan frecuentemente se produce en el europeo cuando cruza el océa-

detallada historia de Pierre Broué y Emilií Términe, *La revolución y la guerra de España* (Fondo de Cultura Económica. México, 1962) y el libro de Hugh Thomas, *La guerra civil española*. <Ed. Ruedo Ibérico, París. 1962), que aunque lleno de errores y falsas interpretaciones, contiene, en cambio, una extensísima bibliografía sobre el tema.

no camino de América. Tampoco estuvo ausente aquel que desde el primer día pensó liberarse de toda clase de miramientos dedicándose a lo que en España se llama “hacer la América”; mezcla de trabajo sin medida, para enriquecerse sin escrúpulos.

Algunos llegaron sin terminar de estar hechos. Con muchas ilusiones e ideas en la cabeza; con un bagaje pequeño de conocimientos y mucha pedantería (que la pedantería es siempre hija de la ignorancia y de la superación sin motivo).

La picaresca española, la misma que desde hace siglos acompaña el espíritu español, también emigró con nosotros. Los Rinconetes y los Cortadillo llegaron entre los exiliados españoles de la misma manera que emigraron austeros representantes de la; también tradicional, vena mística y émulo del caballero de la triste figura. Y los médicos, tuvimos en nuestro grupo, elementos capaces de haber sonrojado al mismísimo Lazarillo de Tormes.

Esto no tiene importancia. Además de médicos éramos masa humana y toda comunidad humana, sobre todo si se la agrupa sin selección, y sin más aglutinante que las convicciones políticas que movieron nuestra emigración, contiene siempre elementos de todas clases. Nosotros no podíamos fallar en la regla y fue necesario centrarse en la realidad, seleccionar a los hombres, aprender muchas cosas, abandonar falsas posiciones, valorar el medio, colaborar con los buenos y condescender con lo malo.

Todavía es necesario recordar otra característica propia de nuestra emigración que, sin ninguna duda, influyó en el desarrollo de los hechos españoles en México. Muchos de los emigrados, o “trasterrados”, como propone José Gaos seamos designados, traíamos en nuestro grupo el espíritu de aquella *Junta para Ampliación de Estudios*, que tanto trascendió en la cultura española del siglo XX, y que a su vez, representa una faceta del movimiento intelectual emprendido, años antes, por D. Francisco Giner. La *Junta* fue el más alto instrumento de cultura que tuvo España. La presidió Ramón y Cajal, y en ella actuaron figuras tan notables como Menéndez Pidal y José Castillejos. En el aspecto científico México recibió de esa *Junta* colaboradores ilustres como D. Ignacio Bolívar, D. Blas Cabrera, D. Enrique Rioja. Todos ellos primerísimos exponentes de la ciencia española. Y en nuestro campo, fueron muchos los médicos españoles que

llegaron después de haber recibido su formación en las más notables instituciones médicas de Europa a través de dicho centro. Creo que para indicarles la importancia de esta *Junta* y la enorme trascendencia que tuvo esta institución, bastará recordar que cuando la O.E.A. organizó, hace pocos años, su servicio de ayuda a investigadores y científicos, utilizó, calcándole al pie de la letra, el mismo reglamento que, redactado por José Castillejos, sirvió de norma al resurgimiento intelectual de España, en el primer tercio de nuestro siglo. (2)

Creo haber presentado suficientemente quiénes éramos. Veamos ahora quiénes nos recibieron. En primer lugar es necesario señalar: ¡Qué gran México fue aquél que nos recibió! Conservaba todavía en sus edificios y en su trato, un carácter del siglo XIX al que querían poner cara bronca los rescoldos revolucionarios. Había, sobre todo, fiebre de reconstrucción y había también, afortunadamente, un equipo de hombres con firme vocación de reconstruir.

Pocas veces se ha reunido un grupo de mexicanos tan heterogéneo y al mismo tiempo tan fiel a un mismo principio. Es posible que en los febriles años que siguieron a la Independencia pasara algo similar; pero la realidad, es que en 1939, para los que veníamos de fuera, México constituía un espectáculo impresionante y reanimador. Mientras en Europa acabábamos de destrozarnos mutuamente en España y se preparaban los demás países para emprender la carnicería definitiva; en México, todo eran ideas y hechos reconstructivos: de progreso, de fe en el futuro y de mejoramiento material y espiritual.

Los españoles, como siempre, de acuerdo con nuestro carácter, nos metimos en todo. Fuimos amigos de todo el

(2) El movimiento intelectual español emprendido por D. Francisco Giner, constituye la más importante actividad cultural de España desde mediados del siglo pasado hasta la actualidad. A él se debe prácticamente todo lo que en materia educativa se hizo en España, desde la instrucción primaria elemental, hasta los estudios de postgraduados universitarios. Ha sido motivo de extensísima bibliografía y aconsejamos al lector que desee ampliar su conocimiento recurrir al *Boletín de la Corporación de antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza...* que como continuación del similar español se publica mensualmente en México desde 1958 hasta la actualidad y al libro de Vicente Cacho Víu, *La Institución Libre de Enseñanza* (Ed. RIALP., Madrid, 1962).

mundo y la mayor parte pronto estuvimos tan identificados con el movimiento renovador que nos sentíamos mejor que en nuestra propia casa.

No se puede recordar sin emoción al grupo de aquellos mexicanos que sin conocernos apenas, sin saber quiénes éramos, nos admitía y nos empujaba a trabajar y a situarnos en el país, como si hubiéramos sido antiguos amigos. La lista sería inacabable, pero quién puede olvidar lo que hicieron por nosotros, en unos y otros campos, figuras como Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Diego Rivera, Ramos Millán, Ignacio Chávez, los Martínez Báez, Isidro Fabela, Héctor Pérez Martínez, Ignacio González Guzmán, Roberto Montenegro, Joaquín Izquierdo, Martínez Villarreal, Obregón Santacilia, Rubén Romero, y tantos más de los que fueron ángeles tutelares de aquel grupo intelectual español que llegaba con ideas, energías, ganas de trabajar, y ausente de centavos.

Nuestra llegada tuvo una faceta trágico-cómica en el grupo que había de recibirnos. Los hispanistas de abolengo, los que mantenían el fuego sagrado de la Madre Patria, que hubieran visto con gusto el retorno a la Colonia, nos resultaron hostiles; en cambio el grupo que nos acogió, de donde obtuvimos mayor ayuda y con los que nos sentíamos perfectamente hermanados y amparados, eran aquellos que sentían más profundamente las raíces ancestrales de México, muchos incluso indigenistas rabiosos, que por principio, debieran haber sido enemigos seculares de lo español. Siempre la vida está llena de paradojas.

La medicina de México, aquella a la cual deberíamos incorporarnos, estaba a nuestra llegada en momentos de reorganización. Acababan de producirse dos importantes acontecimientos dentro de su seno. La renovación de la Escuela de Medicina y la reestructuración del Hospital General. Era momento de iniciaciones. La enseñanza tomó orientación moderna. Se habían creado servicios nuevos y centros de investigación importantes dentro del Hospital General. El Laboratorio de Investigaciones Médicas estaba dando pruebas de su eficacia. El Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos era una realidad. Estaban listos los planos para el Instituto de Cardiología. El Hospital Infantil ya estaba en gestación; se planeaba, desde la Secretaría de Salubridad, el enorme auge hospitalario que vino más tarde, y en el Instituto

Politécnico, la Escuela de Ciencias Biológicas había creado la carrera de medicina rural. (3)

Era el momento en que, superados los problemas bélicos de la Revolución, se comenzaba la época reestructurativa. En Medicina se estaba pasando de la etapa de heroicos autodidactas, a la diseminación por todo el mundo de jóvenes preparados que habrían de traer al país los más recientes métodos y conocimientos.

La generación de maestros como Aquilino Villanueva, Ayala González, Torres Toriija, Ignacio Chávez, Martínez Báez, Izquierdo, González Guzmán, Fournier, Ruiz Castañeda, Cosío Villegas, Gustavo Baz, Mariano Vázquez, Clemente Robles, Gutiérrez Villegas y tantos más, estaba en su apogeo y madurez. Apuntaba la de los impulsores de nuevas técnicas e ideas: Salazar Mallén, Efrén C. del Pozo, Sepúlveda, Morones, los hermanos Méndez, Miguel Jiménez, Enrique Cabrera, Juan Cárdenas, Acéves, Vaquero, Zubirán, Pesqueira, Velasco Suárez, Sodi Pallares, etc. Otra generación aún más joven y con más bríos, estaba en las aulas presta a salir con todo ímpetu. Rosario Barroso, Felipe Mendoza, Francisco Durazo, Castelazo Ayala, Teodoro Césarman, Gabriel Alvarez, José Laguna, Ramón de la Fuente, Gómez Mont, Carlos Pacheco, Martínez Cortés, Báez Villaseñor, Eduardo Borroso, Sánchez Medal, Ortiz Monasterio, Escobar, Caso, etc.

La provincia estaba bastante apagada. Había algunas inquietudes en Guadalajara, Puebla, Mérida y Monterrey; pero en general, no contaba todavía en el movimiento de renovación médica que acababa de iniciarse.

Descritos los dos grupos, y antes de reseñar ninguna labor, es preciso advertir que no hubo entre ellos ningún problema para su convivencia. Éramos diferentes. Teníamos dentro de una cultura similar y de una tradición muy parecida, formaciones técnicas distintas. Esta fue la razón principal del interés mutuo que se tuvieron ambos grupos y también la base de su fecundidad al trabajar unidos.

Fué a partir de entonces cuando mexicanos y españoles

(3) El panorama de la medicina mexicana en esos años queda perfectamente presentado en el libro *México en la Cultura Médica*. (Ed. Colegio Nacional, México, 1947), del Dr. Ignacio Chávez, el mejor conocedor de estos hechos, en los que fué actor principal.

colaboraron por primera vez en grandes grupos. No obstante nuestros puntos de contacto, nuestra similar tradición histórica, nuestras inquietudes comunes y nuestro único idioma; no habían bastado los viajes individuales para establecer corrientes de pensamiento científico y de labor conjunta entre México y España.

Los lazos aislados que pudieron tender en sus viajes a México Pío del Río Hortega y Francisco Tello, o los que tendieron Manuel Martínez Báez, José Joaquín Izquierdo y Clemente Villaseñor en España (insisto en que los nombres citados son puros ejemplos) fueron a modo de antenas exploradoras sin trascendencia ulterior para el país. En cambio cuando el contacto dejó de ser personal para efectuarse en grupo, los lazos de unión se cerraron para producir obras efectivas y durables.

México absorbió al grupo español. Lo asimiló a su desarrollo y lo incorporó a sus trabajos. Pero es notorio, que el grupo extraño influyó también en el desarrollo de México y fué capaz de marcar su presencia en muchos hechos y actitudes de los que es en gran parte responsable y que son, precisamente, los que más nos interesa presentar aquí esta noche.

No podremos en ningún caso llegar al detalle de lo que ha sido el trabajo de los españoles en México. Son veinticinco años y quinientos médicos. El que más y el que menos, tiene siempre algo interesante en su haber y describirlo ocuparía un libro y no mediano. Por eso, agruparemos la labor en conjuntos de significación y resultados similares.

En primer lugar un elevado grupo de médicos se dedicó, desde el primer día, al libre ejercicio sin preocupaciones docentes, hospitalarias ni de investigación. Y es preciso advertir, que los médicos mexicanos no sufrieron, de inmediato, la competencia que nuestra llegada hubiera debido producirles, pues otro más de los hechos insólitos de nuestra emigración fue la llegada simultánea de médicos y pacientes. Los primeros años de nuestra estancia en México, los españoles, quitando alguna excepción, apenas contamos con otra clientela que la de nuestros propios compatriotas, muchos de ellos, canalizados hacia los médicos, por aquellas notables or-

ganizaciones de ayuda que se llamaron el S.E.R.E. (Servicio de evacuación de refugiados españoles) y la J.A.R.E. (Junta de auxilios a los republicanos españoles).

Son tantos los que desarrollaron este aspecto de la profesión que es imposible citarlos; sin embargo hay dos inolvidables: Santiago Villanueva y Rafael Fraile por el enorme desinterés y apostolado que siempre imprimieron a su labor.

Marañón, en un libro póstumo, afirma “la gran importancia cultural que han tenido siempre y en todas partes, los maestros acarreados por la emigración, acaso —añade Marañón— (4) porque es útil para el magisterio la falta de familiaridad que da el paisanaje”. Y el hecho se confirmó en México. Pronto, los profesores españoles llenaron los ámbitos universitarios de todas las facultades, y desde entonces hasta hoy, colaboran al unísono, con el profesorado mexicano en la noble tarea de la docencia universitaria. Tal vez sea en medicina donde el grupo de profesores incorporados a la Facultad sea más pequeño en proporción con el número de emigrados. Sin embargo, no podemos olvidar la labor que desde la cátedra, han hecho figuras como Puche, Pérez Cirera, De Miguel, Capella, Rafael Méndez, Costero, y Jaime Pí-Suñer en la Universidad. D. Manuel Márquez, Paniello, Germán García, Torre Blanco, Dutrén, Folch y Pí, en el Politécnico. López Albo, Peyrí y Fumagallo en Monterrey, Herraiz y Aparicio en Pachuca, Ridaura en Tampico.

La labor hospitalaria también fue amplio campo donde los españoles tuvieron ocasión de desarrollar trabajos e ideas. Desde los primeros momentos vemos aparecer a los médicos emigrados en puestos hospitalarios de todo el país. En el Hospital General dejaron huella Carlos Parés, Germán García, Costero. La nómina inicial de Cardiología contaba con varios españoles, algunos en puestos de responsabilidad. El leprosario fue dirigido algún tiempo por Julio Bejarano y en él actuó también Antonio Peyri. Rivas Cherif colaboró desde los primeros tiempos en la *Asociación para evitar la ceguera*. Palencia trabajó al lado de Ruiz Castañeda en el Hospital General. El Hospital de la Beneficencia Española acogió y conserva todavía, muchos médicos emigrados, entre los que sobresalieron. Otero, Bejarano, Encinas, Barnés, Germán

(4) Marañón, Gregorio: *Los tres Vélez. Una historia de todos los tiempos*. (Ed. Espasa Calpe), Madrid. 1960, pág. 34.

García, Gómez Higuera, López Albo, Obrador Alcalde, Arin, Rallo, Rodríguez Mata y Capella que dirigió el hospital varios años. En el Hospital Muguerza de Monterrey fue decisiva la actuación de Romeo, López Albo y Fumagallo creando servicios y clínicas de nuevas especialidades.

Menos aparente fue la actividad de muchos españoles que ocuparon puestos en hospitales rurales o en servicios sanitarios de provincias, Jaime Valdés, en Matehuala, Aransai en Culiacán, Rico en Ciudad Valles. La Garriga y Salmerón en Veracruz y Jalapa. Y desde la organización del Seguro Social fueron muchos los españoles que allí laboraron y siguen laborando en toda la República,

Un aspecto original de esta actividad clínico-hospitalaria fueron las sociedades mutualistas creadas por españoles a semejanza de las antiguas asociaciones españolas de "iguala". Sus principales representantes fueron *La Médico Farmacéutica* y la *Benéfica Hispana*. Hoy, el enorme desarrollo del Seguro Social las hizo ineficaces, pero en su momento cubrieron las necesidades de muchas familias y resolvieron problemas angustiosos.

También es indispensable recordar la influencia y el trabajo desarrollado por los médicos españoles dentro de la Industria médico farmacéutica de México. Fueron bastantes los laboratorios farmacéuticos fundados por médicos españoles. Pero hubo momentos en la historia de esta industria, en que casi el noventa por ciento del personal técnico y responsable de todo ella, estaba formado por españoles. Hoy el porcentaje es menor; pero ¿quien no recuerda en este campo a Jesús Jiménez, Fanjul, Cabrera, Valdecasas, Guardiola, Abaunza, Julio García, Aranguren. Domerio Mas, Pedro Tomás, Zárraga, Cortés Lladó, Vilches, Antonio Giral, Puche, Folch, Dutré, Comesaña, Palencia, Carlos Martínez; Rioboo, Soler, Pérez Lías, Arámburo, etc. No es exagerado afirmar, que gran parte del impulso que esta industria ha tenido en los últimos veinticinco años, y su carácter nacional liberándola de la tutela extranjera, es en gran parte obra de exiliados españoles.

Otro aspecto que también resulta extensísimo es el de la literatura médica. No podríamos ni siquiera hacer un resumen de los varios miles de libros, monografías y artículos de revista que, redactados por médicos españoles, salieron en es-

tos años. (5) Abarcan todos los campos y encontramos en ellos desde libros de vulgarización hasta tratados doctrinales y trabajos de investigación original. Apenas habíamos llegado, cuando ya en revistas y en libros aparecían trabajos de españoles. Otros cayeron en la tarea del traductor, que, como dice un ilustre escritor moderno, es el más “socorrido, ingrato y noble recurso de ganarse la vida en el exilio”. (6)

Dentro de este mismo campo es necesario recordar también las diversas revistas médicas que, con vida más o menos precaria, fueron obra de españoles. Tampoco podríamos citar los nombres pero es indispensable recordar una: *Ciencia* (7) por su gran altura científica, su continuidad desde nuestra llegada hasta hoy, y por ser una de las publicaciones que prestigian a México en el extranjero. Aunque la mayoría de sus fundadores, principalmente Cándido Bolívar y Francisco Giral, no son médicos, las investigaciones médicas de cierta elevación han recibido siempre cordial acogida en sus páginas.

Dejaremos para el final, aquellos campos en los cuales la labor española ha dejado mayor huella y ha contribuido, de manera más firme, al desarrollo de la medicina mexicana. Nos referimos al campo de la investigación. No fueron muchos los investigadores científicos llegados dentro del grupo. Algunos incluso se malograron desde el principio en la inevitable

(5) No se ha llegado todavía a confeccionar un catálogo de la obra escrita por los españoles en México. La mayoría de los trabajos de Fresco, Julián Amo, Carlos Martínez, etc., que citamos en la bibliografía han intentado recoger la parte más importante, pero no llegan ni a la mitad de lo existente. Sin agotar el tema es interesante el registro que desde hace años lleva el librero Esteban Vega, el cual, según informe personal, me aseguraba hace poco tiempo tenía más de 65,000 fichas de libros, artículos y monografías escritas por españoles en México de las cuales unas 3,000 correspondían a medicina y era el campo peor conocido por él.

(6) Teixidor, Felipe: “Prólogo” a la obra *La Vida en México*, de la Marquesa de Calderón de la Barca. (Ed. Porrúa, México, 1959, Pág. XXIII.)

(7) Entre las revistas médicas fundadas por españoles es necesario recordar los *Anales del Ateneo Ramón y Cajal*, *Monterrey Médico*, *Archivos Médicos Mexicanos*, *Acta Médica Hidalguense*, además intervinieron en muchas de las que con propósitos publicitarios se editaron, y editan dentro de la industria químico-farmacéutica.

lucha por sobrevivir. Otros consiguieron posiciones en las que poder seguir sus trabajos. Aunque los campos en que ha producido frutos la investigación son muchos, sólo citaremos dos concretos en los que la labor de los españoles sirvió para prestigiar al país en el extranjero: Uno fue la anatomía patológica. De la misma manera que entre los filósofos mexicanos la llegada del grupo sirvió para establecer una derivación de la escuela filosófica de Ortega y Gasset. (8) En medicina pasó algo similar. Por una serie de circunstancias que no puedo explicar, con la llegada del grupo español se consolidó y tomó auge en México una rama de la notable escuela española de histólogos que fundara Ramón y Cajal, la cual es hoy orgullo de la medicina mexicana.

México tenía un ilustre representante de la escuela de Cajal. Mi querido y admirado Don Tomás G. Perrín era su discípulo directo y su devoto seguidor. Pero, por unas u otras causas, no había podido establecer una escuela que siguiese la trayectoria del maestro. Los patólogos mexicanos en 1939 eran escasos y les faltaba unidad y cohesión. A partir de su llegada Costero discípulo predilecto de Río Hortega, se impuso la tarea de establecer una escuela, unirlos a todos y efectuar trabajos de investigación que elevaran, como se ha conseguido hoy, la anatomía patológica mexicana al mismo nivel de la más adelantada de cualquier parte del mundo.

Otro campo en el que la labor de los españoles hizo sobresalir la medicina mexicana con proyección internacional es el referente a las investigaciones farmacológicas y fisiológicas. Entre las primeras es indispensable recordar los trabajos de Rafael Méndez sobre Digital, que, como reconocen recientemente en la más notable publicación especializada de Estados Unidos, ha hecho cambiar por completo el concepto sobre la actividad y acción de esta droga, modificando todos los conocimientos anteriores. En cuanto al campo fisiológico no podemos olvidar los extraordinarios trabajos de Alvarez Buylla que son seguidos con enorme interés por todos los investigadores del mundo y pueden alcanzar a derribar conceptos tradicionalmente admitidos como incommovibles.

Otros muchos campos, también recibieron impulso con nuestra llegada. Es innegable que la influencia de Otero, Torreblanco y Barnés, se dejó sentir en la ginocobstetricia. Dio

(8) El estudio de la influencia filosófica de la Escuela de Ortega y Gasset en México aparece en el artículo de Gaos citado en la bibliografía “Los “trasterrados”...”

nisio Nieto hizo labor trascendental e importante dentro de la neurología. Pascual del Roncal influyó en el diagnóstico psiquiátrico. La arteriografía cerebral progresó con las aportaciones de Jesús Sánchez Pérez, la Oftalmología recibió en D. Manuel Márquez un maestro de calidad extraordinaria, al cual se debe la creación de la carrera de optometrista y en Rivas Cherif un investigador original que ha formado escuela. Bejarano influyó en la dermatología. Segovia aportó a la cirugía mexicana una obra de técnica quirúrgica fundamental. Victoriano Acosta y Pelayo Vilar influyeron en la Otorrinolaringología. Hasta la misma historia de la medicina encontró en el grupo español cultivadores que aportaron investigaciones originales.

Cada día esta influencia española en México se va diluyendo y desdibujando. Ha dejado su huella, pero las personas, por ley inexorable, desaparecen paulatinamente. De los quinientos iniciales apenas quedamos una tercera parte. Nos hemos continuado en otro grupo de médicos, salidos del grupo español, hechos en México, pero bajo maestros mexicanos. Son los más jóvenes, mantienen la tradición y todavía mucha de la psicología española, pero son mexicanos en su formación. El grupo es muy grande, algunos llegaron niños, otros nacieron aquí. Bernárdez, Velao, Ramón Espinasa, Paz y Sadí de Buén. Aluja, Bruguera, Justo Caballero, Regueiro, Guarner, Purpón, Antonio Vila, Augusto Fernández, etc., son la herencia física que los españoles trasterrados dejamos a la medicina mexicana. La herencia intelectual queda en el espíritu de los libros, de las revistas y de las lecciones de cátedra.

Por estas razones he considerado que hoy, cuando una gran parte de los médicos a que nos venimos refiriendo reposan bajo la generosa tierra de México, y el resto nos encontramos totalmente incorporados en la vida médica del país, —sin más diferencias que esa terrible C española que tanto hiere los oídos mexicanos—. Cuando cada uno ha alcanzado el lugar que sus medios y capacidades le permitieron; es una buena ocasión para hacer un recordatorio de nuestro éxodo y de su proyección en cinco lustros, y me encuentro autorizado por todo el grupo de los que somos, y de los que fueron, para expresar aquí, delante de lo más granado y notable de la medicina mexicana, la enorme deuda de agradecimiento y el profundo afecto, que todos los médicos españoles profesamos al pueblo de México, en general, y a los médicos mexicanos en particular.

COMENTARIO AL TRABAJO “VEINTICINCO AÑOS DE MEDICINA ESPAÑOLA EN MEXICO”*

Dr. Ignacio Chávez.

En admirable visión panorámica, nuestro colega en la Academia, el doctor Germán Somolinos, acaba de presentarnos un rápido compendio de lo que significó para ellos y para México la llegada en masa de un medio millar de médicos españoles, trasplantados aquí hace un cuarto de siglo. Eran sólo un pequeño grupo incluido en la inmensa masa forzada a emigrar al término de la Guerra Civil de España.

Dentro de la tragedia que encerraba ese movimiento, hubo dos hechos históricos felices que quiero destacar, porque son motivo de orgullo. Es el primero el hecho insólito de un país que, frente a la tragedia, abre de par en par sus brazos para recibir a millares de universitarios españoles y les autoriza, por ley, el ejercicio inmediato de sus profesiones, pasando por alto los obstáculos tradicionales de tipo migratorio, los trámites burocráticos y aun las exigencias escolares. Este acto de generosidad humana es legítimo ponerlo en el haber del Gobierno mexicano.

El otro hecho, en cambio es galardón muy propio de nuestro gremio. La generosidad del Gobierno fue completada con la aceptación gozosa y prácticamente universal de parte de los médicos mexicanos. Nadie invocó para oponerse, las prácticas establecidas ni los convenios de reciprocidad. Que hubo excepciones mezquinas, eso es cierto; pero una frase feliz nos dice que una gota en el techo no significa lluvia. En la realidad, la profesión médica de México no mostró celos en lo académico ni alegó temores en lo económico, por razones de concurrencia.

* Leído por su autor en la sesión del 26 de mayo de 1965. De la Academia Nacional de Medicina.

En ese aspecto hubo un hecho típico, que quiero recordar en honor de los médicos del Hospital General. Un día recibí la visita de un ilustre maestro, don Tomás Perrín, quien acababa de saber que el doctor Marañón se había refugiado en Francia. Venía a preguntarme si era posible invitar a ese eminente catedrático y ofrecerle aquí facilidades de trabajar y de enseñar y de proseguir sus investigaciones. Yo era a la sazón director del Hospital General, donde acababa de librarse una dura batalla para crear la carrera de Médico de Hospital y obtener un estatuto que estableciera diferentes jerarquías profesionales, asegurara los derechos de ascenso y de inamovilidad e impidiera la entrada de médicos por simples acuerdos oficiales.

Frente a la ocasión magnífica, reuní al personal médico y le pedí su aprobación para incorporar, eximiéndola de todo requisito estatutario, a una personalidad tan brillante como era Marañón y para entregarle la jefatura de un Servicio de medicina. Eso entrañaba, por supuesto, que quienes estuvieran avocados a la plaza, deberían ceder sus derechos. Y fue un espectáculo hermoso el de las manos levantadas, en gesto unánime, para autorizar la entrada al hospital del ilustre desterrado.

Hablaba yo de dos hechos históricos de aquel tiempo. Me refiero al grande, al enorme beneficio que recibimos al incorporar a la vida médica del país a los colegas españoles exiliados. Entre los llegados había un grupo selecto, de calidad extraordinaria. Eran, sobre todo, los que España había formado penosamente, amorosamente enviándolos primero al extranjero, a merced de una bolsa de viaje de la “Junta para la Ampliación de Estudios” y después, a su regreso, allegándoles todos los elementos necesarios y el ambiente propicio para madurar. Todo ese esfuerzo que hizo España y al que debió, en el primer tercio del siglo, su rápida transformación en las ciencias y en las humanidades, nosotros lo recogimos. Fuimos nosotros los beneficiarios. Quizá, de momento, España no supo todo lo que insensatamente perdía lanzando al destierro a lo mejor de sus intelectuales: Ortega y Gasset y Pío del Río Hortega lanzados a Argentina; Pí-Suñer a Venezuela; Pittaluga a Cuba; Casals a Puerto Rico, y una legión a México; España no podía sufrir una peor

hemorragia. Nosotros, en cambio, si nos dimos cuenta de lo que con ellos ganábamos.

Los médicos españoles vinieron a México en el momento preciso en que, apenas iniciada la transformación de la medicina dos o tres lustros antes, el ritmo de su avance cobraba impulso. Ya el doctor Somolinos, como sutil historiador que es, acaba de fijarlo con precisión. En ese momento de las transformaciones la ayuda de los recién llegados nos fue preciosa. Aun se dio el caso de que algunos prácticamente iniciaran el desarrollo de su rama.

Tal es el caso de la anatomía patológica, que Isaac Costero revitalizó a partir de 1937. Apenas salido de España, poco antes de terminar la guerra, le invité para incorporarse como patólogo al Instituto Nacional de Cardiología, que por esa época era sólo un proyecto. Mientras tanto se le adscribió al Hospital General, para que iniciara la formación de un grupo de discípulos. Desde entonces está en esa obra y son ya más de 60 los patólogos que ha entregado a México y a Latinoamérica.

Tal fue también el caso de la farmacología, poco cultivada aquí como disciplina experimental y a la que se incorporaron Ramón Pérez Cirera, llegado asimismo en 1937 y después Francisco Guerra, en 1939, y varios años después Rafael Méndez, que desde su laboratorio del Instituto de Cardiología viene formando un brillante grupo de discípulos.

Hubo otros más que llegaron reciamente preparados, maestros ya de su ramo, como Márquez en Oftalmología, como Lafora en Neurología, como Otero en Gineco-obstetricia, como Bejarano en Dermatología, para no referirme sino a unos cuantos; todos ellos dieron y algunos siguen dando una contribución inapreciable.

Del grupo entonces juvenil, fueron muchos los que vinieron a madurar y a producir aquí. En esta obra de beneficio mutuo, el dar y el recibir se convirtió en un trueque fecundo. Tal es el caso, justamente, de Germán Somolinos, en quien las bases científicas que trajo no fueron obstáculo para que sobre ellas cultivara amorosamente la historia de la medicina, a la cual ha allegado, en los últimos años, valiosas contribuciones.

Si ahora, en la Academia de Medicina, una voz espa-

ñola nos dice con verdad y con emoción cómo valúan ellos, “los trasterrados”, sus veinticinco años de vida médica en México, me parece debido que una voz mexicana diga cómo hemos valorado nosotros su obra —hablo del grupo selecto que vino lleno de preocupaciones académicas y cómo hemos sabido estimar su aportación. Para nosotros tuvo mucho de fermento, que contribuyó a vigorizar la medicina en este país, la vieja Nueva España, en la que, a diferencia de sus antepasados, ellos no fueron extranjeros ni un solo día.

OPINION DEL ACADEMICO
DR. MARIO SALAZAR MALLEN

Hay antecedentes de otra emigración comparable a la de los españoles a México hace 25 años: en los siglos IV y V y como consecuencia de las persecuciones provocadas por la intolerancia del clero de Alejandría, huyeron de ésta ciudad los hombres cultos, llevando consigo a Persia copias de los antiguos escritos de Galeno, de Hipócrates y de Aristóteles a Gondishapur, en donde fundaron un establecimiento que sirvió de enlace posteriormente a los árabes, para transmitir al mundo occidental los tesoros preservados de los fanáticos.

En lo tocante a los factores que hicieron que los intelectuales españoles encontraran a sus colegas mexicanos con los brazos abiertos, he de decir que existían en favor de los exiliados una simpatía ideológica, se les calificaba de izquierdistas y de “rojos” y en nuestro medio intelectual predominaba la corriente de izquierda, y la garantía de que eran nuestros más distinguidos profesores quienes se presentaban como sus fiadores. Por eso los recibimos fraternalmente en la peña del “Hotel Imperial” y luego les abrimos las puertas de nuestros hogares. Los hicimos nuestros amigos antes que hacerlos nuestros colegas y al abrirles nuestros corazones sentimos que la comunión surgía con espontaneidad porque en realidad no los consideramos extranjeros, porque los españoles no son ni serán extranjeros en México.

PALABRAS DEL DOCTOR FERNANDEZ DEL CASTILLO

Mis palabras serán breves. Después de escuchar el comentario oficial del doctor Ignacio Chávez, y las palabras del doctor Mario Salazar Mallén, mi intervención pudiera tomarse como inútil redundancia. Sin embargo, es ocasión de decir, que si Germán Somolinos D'Ardois participa con sus compañeros de "exilio" con honrado trabajo y constructiva dedicación en corresponder a la hospitalidad de México, hay una circunstancia especial que lo define y lo distingue. Con todo empeño, con todo fervor y con toda inteligencia, ha trabajado por reconstruir el venerable pasado de nuestra Medicina. En actividades paralelas a las mías, es siempre el investigador incansable, el generoso amigo y el caballeroso colaborador.

I N D I C E

	Pág.
Presentación	5
Veinticinco aftas de medicina española en México	11
Comentario por el Dr. Ignacio Chávez	25
Opinión del Dr. Mario Salazar Mallén	29
Palabras del Dr. Fernández del Castillo	31